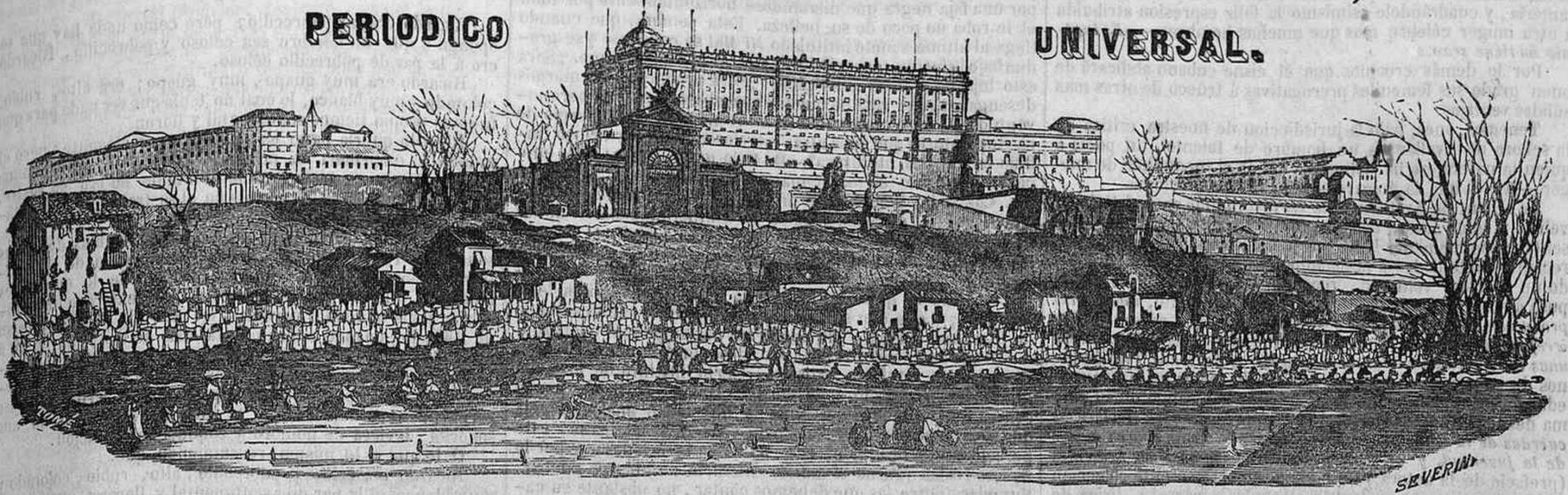


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 13.—SÁBADO 29 DE MARZO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 2 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 50.

REVISTA DE TEATROS.

Poca animacion han tenido los teatros desde nuestra última revista. Las representaciones del drama *Isabel la Católica* han dado algunas entradas al *Español*, aunque su ejecución ha sido muy desigual. La Sra. Lamadrid (Doña Barbara) estuvo bastante desgraciada. En el primero y segundo cuadro dió al papel de la Reina cierto carácter de ferocidad gritando inútilmente. En el de Gonzalo no se veían la nobleza y marcialidad que convienen á tan interesante figura. Este papel fué desempeñado por el Sr. Valero. El Sr. Calvo estuvo bien en el de Colon. El papel que indudablemente ha ganado es el del Rey de Granada, desempeñado por el Sr. Osorio.

A beneficio del actor D. Facundo Ayta se ha representado en el teatro de los Basilio un drama original titulado *Los fueros de Cataluña*. Tiene diálogos demasiado largos, hay poca novedad en el argumento, y está escrito con bastante descuido. Muy descuidado anduvo indudablemente el autor al poner en boca de uno de los cortesanos, que se hallaban comprometidos por la venida del Rey, las siguientes palabras. *Yo me escurro por retaguardia.*

Los actores comprendieron que el público no podía recibir con gran satisfaccion la obra que estaban representando, y en lugar de trabajar con mayor interés, estuvieron tambien bastante descuidados.

En el mismo teatro y á beneficio del actor don Vicente Caltañazor, se ha ejecutado últimamente un drama de don Adelardo de Ayala titulado *Los dos Guzmanes*. Es una imitacion del teatro antiguo, y es preciso que estas imitaciones sean muy buenas para que consigan tambien buen éxito. El papel de gracioso tiene algunos chistes poco delicados, y el señor Caltañazor lo recargó demasiado. La comedia está bien versificada: sin embargo, su éxito hubiera sido peligroso, sin el diálogo final entre la criada y el gracioso, que gustó mucho. El autor fué llamado á la escena y el beneficiado salió á anunciar que el señor Ayala no se hallaba en el teatro.

Siguió al drama la pieza en un acto titulada *Un Paseo á Bedlan* en la que estaba encargado el señor Caltañazor del papel de *Crescendo*. El público le aplaudió en el aria de la Lucia haciéndole repetir el *allegro*. El señor Caltañazor es un actor indispensable en una compañía de Opera Cómica y es bastante extraño que la empresa del Circo no le haya contratado, cuando tan esplendida ha estado, ajustando muchas partes inútiles.

En el teatro de Variedades continúan las representaciones en que toman parte Matilde Díez y Julian Romea. El teatro siempre lleno y siempre los mismos aplausos.

Dentro de breves dias tendrán lugar los beneficios de estos dos distinguidos actores.

La compañía continuará sus trabajos hasta concluir la temporada y con este objeto preparará la empresa algunas obras originales, entre ellas una comedia del señor Garcia Gutierrez, otra del señor Navarrete y otras del señor Auset.

Se han presentado al señor Romea dos comedias originales; una del distinguido escritor don José María Diaz; y la segunda titulada *Diplomacia y Amor* del señor Brusola. Con estas dos producciones empezará probablemente sus trabajos en el próximo año cómico.

Tambien ha sido aprobada por la junta del teatro Español una comedia del señor Ayala titulada: *No hay deuda que no se pague.*

F. M.

CRITICA LITERARIA.

POESÍAS DE LA EXCMA. SEÑORA DOÑA GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA DE SABATER.

«Perla del mar! ¡estrella de occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.

¡Voy á partir!... la chusma diligente
Para arrancarme del nativo suelo
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de su zona ardiente.

¡Adios, patria feliz, Eden querido!
Do quier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oído!

¡Adios!... ya cruje la turgente vela,
El ancla se alza, el buque estremecido
Las olas corta y silencioso vuela.»

1836.

Este bellissimo soneto nos anunciaba hace quince años el rico presente que la reina de las Antillas enviaba á la madre patria. La España habia hecho muchos y grandes sacrificios para regalar á la civilizacion todo un mundo, ilustrando á sus nuevos hijos de mas allá del Océano con el desinterés y la abnegacion de una verdadera madre: dióles su lengua, su fé, su ciencia, sus letras y su historia: les imprimió su carácter, les prestó sus usos, les dictó sus leyes: tratólos, en una palabra, como si hubiesen salido de su propio seno.

Justo era, pues, que la América pagase á la España, en lo posible, esta gran deuda, y ya que otras provincias no llevaron muy allá su agradecimiento con la madre patria, natural era que Cuba, fiel siempre y agradecida, realizase el brillo de su lealtad con el precioso tributo que nos rindió en 1836.

No seriamos imparciales sin embargo si no consignásemos, siquiera de pasada, lo mucho que deben el habla y las letras castellanas á los ingenios americanos en general, fieles en esto ya que no en otra cosa á las tradiciones de la madre patria. Sin ir mas lejos ni remontarnos á mas apartadas épocas, podemos citar algunos muy distinguidos que han florecido y florecen en el presente siglo. Aun vive el Venezolano Bello, modelo de elegancia y de pureza en prosa y verso. Como publicista, ha escrito obras conocidas y estimadas de todos los

sábios de Europa: como poeta descriptivo y bucólico ha pintado las bellezas naturales de la ardiente zona que le vió nacer con un pincel verdaderamente virgiliano, adquiriendo nuestro idioma nativo, así bajo la pluma del poeta como del publicista, la gala y el decoro que no siempre ha alcanzado entre nosotros.—En nuestros dias ha muerto Olmedo el Neogranadino, merecedor del renombre de épico, bien que los sonos de su trompa no hayan sido gratos las mas veces á sus hermanos de mas acá de los mares.—El Cubano Heredia bajó á la tumba hace pocos años, cuando aun no habia traspasado el limite de la edad lozana, empero acompañado de una celebridad inmensa como insigne poeta lírico.—Por último, entre nosotros viven, sin contar á la protagonista de este artículo, los Venezolanos Baralt y Garcia de Quevedo, castizo y elegantísimo escritor el primero como muy pocos, al par que erudito filólogo y publicista el segundo varío y fecundo poeta que cultiva con éxito no vulgar diversos y difíciles géneros.—Hé aquí una galería corta pero escogida de ingenios americanos contemporáneos nuestros, y que evidentemente han honrado y honran la literatura española; y si bien de dos de ellos (Bello y Olmedo) puede decirse que no nos pertenecen, aun á pesar suyo, nuestra es su gloria: la madre patria la reivindicada, porque española es la lengua en que han depositado sus inspiraciones y español su espíritu y su sangre.

El sol ardiente de los trópicos es á no dudarlo muy propicio para los talentos poéticos. Bajo su fecundante influjo nació tambien la inspirada poetisa que con la publicacion de sus cantos líricos ha dado motivo á estos renglones. Hemos dicho ¡mal! poeta y no poetisa debe llamarse la que en el cultivo de tan noble arte ha alcanzado el lugar y los laureles



Escena de inundacion en Londres.

de la señora de Avellaneda; despojándola este no comun privilegio del que generalmente disfrutaban las señoras, cual es el ser tratadas en todo y por todo con solicitud y lisongera galantería, y cuadrándole asimismo la feliz espresion atribuida á otra muger célebre mas que muchos hombres.—*«El ingenio no tiene sexo.»*

Por lo demás creemos que el cisne cubano abdicará de buen grado sus femeniles prerrogativas á trueco de otras mas sólidas ventajas.

Tenemos, pues, bajo la jurisdiccion de nuestra crítica en la señora de Avellaneda un hombre de talento, un poeta á quien la naturaleza ha obligado á tomar el pseudónimo de muger.—Así es que la juzgaremos sin contemplaciones.

La señora de Avellaneda se ha distinguido como hábil novelista y como autora trágica y dramática. Ahora se nos presenta como eminente lírica en la coleccion de sus poesías, recientemente dadas á la estampa. Ya en 1841 habia publicado un precioso volumen, recomendado por el prólogo que puso á su frente un ilustre y encanecido literato, *incorrectas producciones* (asi los llama modestamente la autora) *de la irreflexiva juventud*. Estas mismas producciones, suprimidas unas estrofas, refundidas muchas, y corregidas todas, (valiéndonos de sus propias palabras) figuran de nuevo en la reciente edicion, acompañadas de todas las que han salido de su pluma desde el año 1841 hasta el 50 en que *rompe para siempre las cuerdas de la lira, que no vibra agradablemente sino en manos de la juventud, y al soplo poderoso de las pasiones ardientes* (prefacio de la autora.) De manera que la presente coleccion poética contiene, por decirlo así toda la carrera lírica de en vano, durante un periodo de 14 años.

Si cierto es que la mejor vida de un escritor son sus propias obras, en ninguna cosa resplandece mas esta verdad que en las poesías de la señora de Avellaneda: en ese libro están dibujados al natural todos los rasgos de su existencia poética con tal perfeccion y propiedad, como jamás podrá alcanzarla el mas hábil y entendido biógrafo, porque ese libro es el teatro en que se ha desenvuelto, sucesivamente el número poético de la autora, con la gradacion natural que ha debido tener su imaginacion, merced al discreto y acertado método que ha empleado en la colocacion de las diversas y varias composiciones. Igualmente contribuye á esto, la índole especial de la poesía lírica, que representa y reproduce mas que ningún otro género la verdadera alma del poeta.

Se concibe que se haga una novela, un drama, cualquiera otra obra del ingenio por obedecer á ciertas prescripciones por alcanzar particulares fines, ó servir á determinados intereses. Pero el lirismo requiere siempre espontaneidad é inspiracion independientemente de toda coaccion esterna: la musa lírica es esencialmente libre y dueña de sí misma, y no bebe sus inspiraciones sino en lo mas recóndito del ser, en el foco de la conciencia, en las profundidades del alma; de suerte que bien podemos decir que cada oda, cada elegía, cada canto es un pedazo del corazón del poeta. Por eso es la mas noble de todas las musas; y por eso es la mas pura y verdadera manifestacion del sentimiento poético.

¿Y qué retrato pudiera ser mas exacto é interesante que el que la misma autora se ha trazado en su precioso libro?—En 1836 abandona la nativa tierra, no bien cumplidos los veinte años, y llora su despedida en el soneto que encabeza este artículo. Una sencillísima y bien distribuida oda *A la Poetisa*, salpicada de bellas imágenes y que ya revelaba sus grandes dotes de elevacion y de estilo para el arte pindárico, fué el primer sonido de su lira despues de haber trocado las encantadas riberas del Betis por las no menos halagüeñas del Tinima. *El Cazador, A El, El Gilguero, A Francia, A Heredia, La Juventud, Mi Mal*, descuellan en la primera coleccion, que viene á ser el primer periodo de su vida poética, para nosotros el mas interesante y el mas bello, por mas sencillo y espontáneo, si quiera en él no se haya desenvuelto su número con tanta elevacion como en el segundo. Llegada la poetisa á todo el esplendor de la edad juvenil va á realizarse en su ser una gran transformacion: su número quiere volar mas alto; codicia saberlo y sentirlo todo; goce, gloria, ciencia: le pide á la naturaleza sus misterios, al mundo sus secretos, á la vida espacio. Esta crisis que se efectúa en todos los seres en una época dada, pero que en organizaciones poderosas como lo de la hija de los trópicos debió de ser violenta y devorante, se retrata admirablemente en la *Juventud*, composicion llena de fuego y de vehemencia, de la que creemos oportuno citar algunos versos.

«¡Ensancha! ensancha, ¡oh vida!
¡Para mí tu camino!
Brotó á raudales de placer divino,
De amor, de gloria y vivas emociones
Que en devorante sed mi alma encendida,
Pide grandes pasiones.
De su ambicion al hábito abrasado
Abre ¡oh mundo! tu seno.

.....
Hierva la vida en mi agitado pecho:
Exuberante por mis venas corre
Sangre pura y ardiente
Y el ansia generosa me devora,
De admirar y de amar.—¡Mundo! descorre
Ante los ojos de mi inquieta mente
Que aun sus misterios encendida adora,
Descorre al fin tus incitantes velos.
Déjame ver los bienes que atesora
En tu seno feliz naturaleza;
Deja que á la belleza
Admire sin cesar; que rinda culto
A la augusta virtud; que en noble llama
Arda de amor; que en el Santuario oculto
De la verdad penetre y que al aliento
Del entusiasmo que mi pecho inflama,
En siglos vinculando mi memoria,
Tranque con mi brazo ó pensamiento
Su lauro eterno á la fulgente gloria.»

Aquí se revela ya el poeta, y no la débil mujer que se contenta con exhalar modestamente el perfume de su ternura y de su amor, sino el hombre en toda su virilidad que con la conciencia de su fuerza pide el laurel y se dispone á alcan-

zarlo en la pública palestra, en el drama, en la tragedia, en la novela y en la oda. Como ya hemos dicho, aquí termina el primer periodo: cuadro variado y ameno, empero sombreado por una faja negra que dilatándose horizontalmente por todo él le roba no poco de su belleza. Esta sombra, que cuando llega al último soneto intitulado *Mi Mal* se condensa y se grava bajo la forma corporal del *Tedio*, es el escepticismo. ¿Será esto hijo de errores sicológicos? ¿Será producto de amargos desengaños, que casi no pueden concebirse en la primera juventud? ¿O será tal vez hábito contraído en el comercio de ciertos autores que años atrás ejercieron muy pernicioso influjo en nuestra literatura?—De todo podrá haber; sin embargo, creemos el mal demasiado profundo para ser facticio. Con todo, hemos visto mas adelante á la poetisa ir insistentemente á curar su llaga en el salubroso manantial de las inspiraciones religiosas.—Y es que el alma repudia el escepticismo que el ingenio se enderrece por el buen camino; pero cuando se trata de quien no ha pasado todavía, los límites de la juventud, y que aun seguirá por muchos años enriqueciendo la literatura patria, no puede ser el tiempo mas oportuno.

Desde sus primeros ensayos, descubrió nuestra protagonista cierta intuicion artística, cierto instinto de lo bello que la ha arrastrado á la forma clásica, cultivada por la señora de Avellaneda con toda la libertad é independencia que ha menester el ingenio para vivir y desplegarse: esta percepcion delicada del arte no es dada á todos; y por lo mismo realza mucho el mérito literario de nuestra poetisa. Sus odas, entre las que debemos contar, no obstante su calidad de elegíaca, la que consagró á la temprana muerte del malogrado Espronceda, así por lo escogido de su diction como por la elevacion de los pensamientos, son las que constituyen el mayor lustre de la segunda coleccion, y las que deben formar su mas preciada corona. Campea en ellas una diction pura y vigorosa que tiene algo de Moratin y de Quintana; una abundancia pasmosa, que acaso algunas veces llega á ser excesiva; una versificacion robusta y una entonacion verdaderamente pindárica. Sirvan de muestra los siguientes trozos:

.....
Entre ellas tú levantarás la frente
¡Noble madre del Cid, fecunda en gloria!
Tú que al carro feral de la anarquía
Unir jamás quisiste tus leones:
Tú, cuya egregia historia,
Asombro de la rica fantasía,
Enlaza con los áureos eslabones
De tu cadena de monarcas grandes
Tantos héroes ilustres, que sintiendo
Para aquella tu gloria arripotente,
De todo un mundo la estension pequeña,
Del mar rompieron tus veleros naos
El valladar profundo,
Y cual de nuevo caos,
Para acatar tu vencedora enseña,
Evocado por tí, se alzó otro mundo.

Hé aqui como canta la triste gloria del Taso:

¡Mas no á tí sola condenó la suerte
A regar con tu lloro
El sagrado laurel y el plectro de oro,
Ni á tí tan solo á desastrosa muerte,
No el de Jerusalem cantor divino,
Noble y hermoso y tierno,
Que cual el Tráxico músico pudiera
Conmover con su voz al hondo averno,
Logró vencer la saña del destino.
Los resortes del alma quebrantados
Al peso de su génio y desventura,
Vagar le veo en tétrica locura,
Los ojos secos de llorar cansados.
Opreso el noble corazón de miedo,
Trémulo el cuerpo, la color perdida,
Llama á Reinado, implora á Godofredo,
Tal vez conjura á la falaz Armida.
¡Así invoca su gloria
El génio á quien oprimen,
Y de ella se circunda, y la victoria
Le pide, sin mirar que ella es su crimen!

.....
Tan varoniles acentos no han salido jamás de los labios de ninguna muger en ninguna época de nuestra literatura, y no siempre han vibrado en la lira de nuestros buenos poetas. Con esto está hecho el mas cumplido elogio de la señora de Avellaneda sin que sean bastantes á rebajar su mérito ciertos descuidos que un minucioso análisis de sus poesías pudiera hacer patentes, tales como algunas locuciones poco castizas, algun amaneramiento en la rima y alguna que otra combinacion métrica, no del mejor gusto, lunares de poca monta, y lo que es mejor, bastante raros.

Felicitémonos pues, de haber leído su libro, y deplorémos su prematura resolucion de romper las cuerdas de la lira. Sin embargo, esperamos que nos complirá su palabra de no abandonar por ahora el culto de Talía y de Melpómene.

No querremos concluir sin espresar el disgusto que hemos experimentado al leer el artículo biográfico que precede á la coleccion, en el cual hace gala su anónimo autor del mas oscuro y ojarascoso gongorismo. ¡Cómo contrasta su escabroso aparato de hipérbolos y metáforas extravagantes, su hinchazon y alambicamiento con el estilo fácil, sóbrio, correcto y sencillo que decora el prologo de la primera edicion, y que tan cerca le tiene para que sea mayor la semejanza!—No han faltado indiscretos, aun cuando nosotros no les demos asentimiento, que atribuyan esta peregrina obra á un personaje que ha figurado mucho en la política, en la literatura y en las aulas. Hay tambien quien diga que se sienta en una muy sábia asamblea.

¿—Si será Académico?

CALÍMACO.

LAS BOTITAS VERDE-OLIVA.

Prólogo.

Ricardo era un pobrecillo; pero como nada hay que se ponga á que un hombre sea celoso y pobrecillo, Ricardo era á la par de pobrecillo celoso.

Ricardo era muy guapo, muy guapo; era alto, rubio, colorado y muy blanco, lo cual no tenia que ver nada para que fuese al propio tiempo sentimental y lloron.

Ricardo queria pasar en el mundo por elegante; pero el mundo se empeñaba en no darle gusto, porque, aunque gustaba mucho en vestir, como el mundo no era su sastre, se le habia antojado, al mundo no al sastre, que su elegancia era algo abigarrada y chocarrera.

Ricardo, en particular, era objeto de las mas deliciosas sonrisas del sexo enemigo, que no siempre ha de ser contrario; pero como á las mugeres les sucede lo que á los hombres, que sus opiniones públicas son enteramente contrarias á sus opiniones privadas, las niñas de 15 á 20 se reian de Ricardo, cuando estaban juntas mas de dos; las de 20 á 25 hacian ascos de su hermosa figura, y las de 25 en adelante no hallaban suficientes palabras con que ridiculizar su belleza, lo cual no era un óbice para que Ricardo estuviese perdidamente enamorado y se viese correspondido de una señorita, Javiera de nombre y coqueta de condicion.

O lo que es lo mismo, reasumiendo, que: Ricardo era celoso y pobrecillo; alto, rubio, colorado y muy blanco, á la par que sentimental y lloron; que queria pasar por elegante y que no lograba sino ir *majo*; que en particular gustaba á las propias mugeres que en público desagradaba, por lo cual nada de extraño habia en que fuese correspondido en su amor por una niña que ademas de llamarse Javiera era coqueta por añadidura.

Leamos ya pues, una de las páginas de la vida de Ricardo, conocidos los elementos que existian para su felicidad.

Se nos olvidaba advertir una cosa, en nuestra opinion de la mayor entidad: Ricardo tenia el pelo muy espeso, sus entradas no eran muy grandes, y como le avanzaba mucho por la frente, á la manera de las gorras á lo María-Estuarda, tenia la figura de cabeza mas desdichada que hemos conocido.—Sabemos de muy pocos hombres que hayan tenido un nacimiento de pelo semejante, á quienes no haya cabido en suerte, mientras han estado solteros, el ser engañados ó dominados por las mugeres;—en cuanto se han casado, el llevar la peor parte en las infidelidades matrimoniales.

CAPITULO I.

LOS RIZOS DE CINTA AZUL.

Ricardo estaba una noche en el teatro. El teatro es uno de los campos en que mas encarnizadas batallas ha dado el amor.

Al teatro suelen concurrir tres géneros de públicos; las personas de buena fé, que van solo á divertirse y no se cuidan ni de nada ni de nadie; las que, por ostentacion ó por moda, van solo á fastidiarse y á fastidiar á los demas, y las que dicen que van para estudiar, para instruirse ó por obligacion, para criticar, las cuales se subdividen en tantas ramificaciones cuantas son las fibras de los pobres autores ó mártires actores á quienes toca ser por ellos disecados.

Ricardo iba al teatro y sin embargo, no se hallaba incluído en ninguna de estas divisiones: Ricardo iba de mono.—Nos explicaremos. Ricardo estaba de monos con Javiera por unos celos que ella se empeñaba en que eran infundados y él se obstinaba en que eran positivos.

Los amantes, cuando están de monos, dicen que de lo que menos se cuidan, lo para ellos mas indiferente es el objeto indigno de su amor; lo cual no obsta para que los amantes amonados entablen sus averiguaciones y sus pesquisas con las avanzadas exploradoras compuestas de las falanges de porteras y cocineras, amigas y criados; todo, se sobreentiende, con el mayor decoro; porque el orgullo es para ellos lo que el corbatín para los reclutas, que no les permite bajar-se. Gracias á semejantes estratagemas, Ricardo sabia que Javiera iba al teatro. Véase cómo.

Javiera no queria avisarle á su Otelo, que iba; sin embargo, se lo dijo á su doncella, que era el único corre-vé-y-dile de sus cuitados amores.

Ricardo no queria saber nada de su Edelmira; sin embargo, se habia hecho el encontrado con la doncella de su mal parado amor, que le informó de todo.

No es nuestro ánimo el sostener que el enamorarse sea una candidez; sin embargo, de tejas abajo, no conocemos nada tan cándido como un enamorado. Los enamorados empiezan queriendo engañarse á sí propios creyendo que así han de engañar mejor á los demas; pero con esta gimnasia de su inteligencia les pasa lo que á los lobos, que al verse encerrados en una jaula se pasan la vida entera dando vueltas en ella al trote largo, con aire muy distraído, á ver si llega para ellos el suspirado momento de hallar una rendija por donde burlar la vigilancia agena; vigilancia que sin embargo nunca ó muy pocas veces logran adormecer.

Pero está visto que no servimos para novelistas: cualquiera hubiera empezado por el principio; vamos pues, á recuperar el tiempo perdido.

¡Ah! ya hablaremos de los rizos de cinta azul.

CAPITULO II.

LAS BOTITAS VERDE-OLIVA.

Hay hombres que se enamoran de cualquier cosa;—verdadera compensacion de los que no se enamoran de nada.

Los hombres que se enamoran de cualquier cosa y las mujeres que desean casarse son á nuestros miopes ojos lo mismo que las velas, que, despues de hechas, tan solo necesitan de un pábilo para arder.

Ricardo era uno de aquellos hombres; y

Javiera una de estas mugeres. Cuando un hombre se halla en el estado de enamorado-fósforo arde con el menor objeto que se ponga en contacto con sus sentidos.

Cuando una muger se halla con hidrofobia marital, busca solo, no elige objeto en que clavar sus afilados dientes.

Ricardo salió un día de su casa febricitante de amor; lloraba y miraba al suelo para evitar los charcos; deslizaronse ante sus ojos unas botas verde-oliva, con vigoteras de charol, y esto bastó para que su corazón, vomitando llamas, volcanyase su existencia.

Y era menester darle la razón; un pie bonito calzado con una preciosa bota verde-oliva y coronado por el nacimiento de una pierna que se adivina, son á la verdad sobradas tentaciones para un hombre que necesita mas bien de pretestos que de alicientes.

Así que, sucedió lo que debía suceder. Javiera que había salido de su casa con sus apetitos matrimoniales ni mas ni menos escitados que los demás días (pues habían llegado á la saturación), en cuanto notó,—fue pronto,—que Ricardo la miraba fijamente los pies, lo primero que hizo, por supuesto despues de permitirse mirar, fué dejárselos un poquitito mas descubiertos con achaque de que se los cubría; en seguida, empezó á jugar las espas de su telegrafía inventiva, y tal y tanto fué el número de miradas, devueltas y cruzadas, que, Ricardo, llegó á la puerta de la casa de Javiera, resuelto á lanzar al pie de sus balcones tantos suspiros cuantos fuesen necesarios para abrir las vidrieras; suspiros que á la verdad no fueron muchos, porque Javiera á su vez entró en el portal resuelta á llegar al balcón con la velocidad del pensamiento.

Ricardo, como no se dirigió á las amigas de Javiera, no pudo saber cuales eran el flaco y el lado malo del carácter y de la posición social de su amada; el pobrecillo, se valió de los medios trillados, de la tendera de enfrente, del aguador y de la criada: así que, solo sacó en limpio: en primer lugar, que Javiera era hija de su mamá; en segundo lugar, que su mamá era viuda de un señor de muchas campanillas; y en tercer lugar, es decir nada mas, porque no hubo tercer lugar.

Las averiguaciones acerca de Ricardo fueron mas escrupulosas y dieron resultados mas ciertos. Las mujeres han nacido todas, aun las mas lerdas, para directores de policía. Javiera, al día siguiente y sin consultar nada mas que á algunas de sus amigas, sabia que Ricardo estaba empleado no sabian en qué oficina; pero sí que con el sueldo de seis mil reales. Que estaba muy bien relacionado, con personas de influencia y no del otro sexo, y que ni jugaba, ni comia, ni bebía sino lo necesario para vivir.

La madre y la niña echaron sus cuentas, y, como les convenia el candidato, la niña y la madre tomaron sus medidas y echaron sus líneas, no para impedir su entrada en la casa sino para proporcionársela con difícil facilidad.

Los hombres, siempre creemos que vamos alcanzando grandes triunfos de las mugeres con una rapidez que casi raya en seducción; pero lo que hay de cierto en el caso es que la mayor parte de las mujeres son un filtro por donde se van destilando gota á gota favores celestiales, favores que no todos los hombres saben recoger, por no colocarse desde luego en la posición conveniente.

CAPITULO III.

LAS GRACIAS DE LA NIÑA.

Ricardo, en su primera visita había cuidado de llevar calzadas unas primorosas botas de charol. Al ver con el esmero que eran tratados los pies de su amor, creyó que en aquella casa nadie se ocuparía sino de objetos de zapateria.

¡Oh! y ciertamente que no iba muy equivocado; en esta sociedad, tan profunda y de sentimientos tan elevados, es casi un axioma el que es preciso abrirse por los ojos el camino del corazón.

Pero, de esta vez se había equivocado Ricardo. La madre y la niña se habían ocupado tan solo de repasar la lección (advirtase bien que decimos repasar, porque lo que es estudiar hacia mucho tiempo que la tenían estudiada y aprendida), de repasar la lección, repetimos, de ponerle de manifiesto al novio las gracias de la niña.

La madre, le dijo, conocia mejor que nadie los defectos de su niña.

La niña era algo ligera en la apariencia; pero tenia muy buen fondo y excelente carácter.

La niña era muy sumisa, y por lo tanto la mamá no tenia ya necesidad, completada bajo este punto de vista su educación, sino de darle gusto en todo y por todo.

La niña nunca le daba un disgusto á la mamá; en cuantos altercados amenazaban surgir entre ellas, cedía siempre la mamá con el profundo objeto de enseñar á la niña á ser amable y condescendiente.

La niña había recibido una educación de cariño: así que adoraba ciegamente á su mamá: el día en que se vieran precisadas á separarse, únicamente la reflexión y la esperanza de que el marido que eligiera la había de hacer sumamente feliz, era lo que la haría conllevar semejante desgracia.

La niña había visto, desde que nació, satisfechos todos sus antojos, todos sus caprichos; porque, decia la mamá, hartas ocasiones tendrá durante su vida de quebrantarlos y de sufrir.

La niña había sido educada en uno de los mejores colegios, del cual había salido profesora de piano, de canto, de dibujo, de italiano, de francés y de baile; posteriormente había asistido á un picadero y á un gimnasio para desarrollarse, consiguiendo tener una constitución tan robusta, que resistía dos horas en el agua, en la que estaba como un ángel nadando como una ninfa.

La niña tenia al propio tiempo una organización tan esquisita, que todo la hacia impresionar; lo cual no consistia en que se hallase siempre sobreescitado su sistema nervioso, sino en que toda ella era corazón. Lo cual era causa de que: Por tanto llorar, necesitase usar de lentes:

Por tanto afectarse, sufriese horriblemente continuas jaquecas:

Por tantas jaquecas, se la hubiese caído la mayor parte del pelo:

Por tanto contraerse sus nervios, tuviera necesidad de tomar mucha valeriana:

Por tanto tomar valeriana, fuera el color de la niña tan quebrado:

Y, por último, por ser el color de la niña tan quebrado, el que fuese tan simpática para todo el mundo.

La niña había sacado del colegio unas manos primorosas,

pero la mamá (sin duda porque no se le estropeasen) no queria ni que cosiera ni que bordase; porque demasiado tendria que hacerlo cuando tuviera chiquillos.

La niña no era muy fuerte en las cosas de la cocina; porque, bien mirado, el día que hubiera que dar un convite traía mas cuenta y se quedaba con mayor lucimiento mandándose servir la comida de la mejor fonda.

La niña no era exigente en el vestir: en yendo siempre con la moda estaba satisfecha.

La niña era muy fácil de contentar respecto á las diversiones: en asistiendo unas noches al teatro de la ópera, otras al de verso, otras al de la zarzuela y tres ó cuatro entre semana á bailes ó conciertos, estaba satisfecha.

La niña gustaba de pasear, no siempre en coche, pero si todos los días, por el Retiro y por Atocha.

CAPITULO IV.

REFLEXIONES DEL NOVIO.

Ricardo salió edificado.

Cuanto había soñado él de bello y fabuloso para el tipo de la felicidad conyugal, le parecia pequeño y raquítico en comparación de aquella realidad.

La mamá era un modelo de amabilidad.

La niña era un dechado de venturas.

El, era un predestinado de Dios para gozar en la tierra las nefandas delicias de la otra vida.

Tal era el resultado de las mas graves reflexiones del novio; porque:

El novio había reflexionado que, cuando la mamá hablaba de las bondades de la niña, esta bajaba los ojos y se sonrojaba lo suficiente para ponerse mas bella; y cuando los alzaba pudibundos, veíanse empañados por las mas interesantes y diamantinas lágrimas: lo cual ponía de manifiesto lo dulce y tierno de su alma.

El novio había reflexionado, que al hablar la mamá de algunos de los lunares de la niña, esta le miraba á él sonriéndose con la mas maliciosa de las sonrisas; y esto, se decia á sí propio Ricardo, era para él un paraíso entreabierto, porque queria decirle indudablemente que, á su lado, seria la mas angelical de las mugeres.

El novio había reflexionado, que al llegar al capítulo de las habilidades de la niña habían dado, tanto la mamá como ella, pruebas del mas exquisito tacto no mostrándolas á sus ojos con la práctica; porque nada en su juicio es tan inconveniente como el que se hubiera puesto á preluir en el piano, á hacer gorgoritos, á hablar en francés ni en italiano, á dibujar y mucho menos á montar, bailar, nadar y hacer gimnasia, todo lo cual hubiese sido hecho indudablemente por ella con la mayor perfección y galanura.

El novio había reflexionado, que nada le gustaba tanto como una muger de organización esquisita; porque las organizaciones esquisitas son como la goma elástica que se adapta á todas las formas que se la quiere dar; y que, respecto al capítulo de los padecimientos que la susodicha organización le originaba á la niña, se alegraba en parte de ellos, puesto que le proporcionaban una ocasión para poner de manifiesto cuánto pensaba desvelarse por ella.

El novio había reflexionado, que le convenia que la niña no se hubiera ocupado, hasta la fecha, ni de labores de aguja ni de quehaceres de cocina, porque así le sucederia lo que á los resortes no gastados, que conservan toda su elasticidad primitiva.

El novio había reflexionado, que respecto al vestir, pasear y divertirse de la niña, no podia haber dado cen cosa mas de su gusto; porque el vestir á la moda un cuerpo tan bonito seria su mayor delicia, el pasearse todos los días con ella le proporcionaria el poderla decir con entera libertad cuanto por ella sentia; y, por último, que el llevarla todas las noches á los teatros, á los bailes y á los conciertos era para él lo mas agradable del mundo, porque nada mas grato para dos pechos enamorados que el hallar sensaciones mútuas escitadas por objetos idénticos.

CAPITULO V.

LO QUE NUNCA SE MIRA.

Generalmente, á los hombres, la primera vez que ven á una muger que les gusta, no les parece sino es que ha nacido aquel día para ellos.

El pasado de su existencia es cero.

Los latidos de su corazón hasta la fecha, cero.

Las miradas, los suspiros y las palabras de ella con que otros han enloquecido, cero tambien.

Ricardo era cándido y por lo tanto no tenia derecho para ser ni mas ni menos crédulo, en este punto, que la generalidad de los hombres.

Ricardo sabia que era muy guapo, y se tenia por elegante, por lo cual saboreaba gustosísimo sus triunfos. Pero, Ricardo, desgraciadamente era celoso; lo cual ya dejamos probado, que nada tenia que ver con que fuese muy guapo, elegante y pobrecillo: sin embargo

Los celos para los amantes son como los alertas para los centinelas; y despiertan el alma cuando mas gratamente la vá adormeciendo el cuerpo.

Ricardo, en poco mas de quince días que hacia frecuentaba la casa, había llegado á ser admitido en las interioridades de la familia. Sabia ya de pe á pa los bienes, los recursos, las alhajas, las esperanzas de herencia con que contaban; conocia á todas las gentes que visitaban la casa, por las cuales era mirado, observado y criticado como el novio de la niña, y de las cuales ayudaba á murmurar, criticar y mofarse con la madre y la niña, las cuales se mofaban, murmuraban y criticaban ni mas ni menos que todas las personas que tienen mucho por qué callar.

Un día, estaba allí Ricardo, feliz cuanto puede serlo un hombre que acaba de robar un beso estampado en una mano temblorosa, cogida en una turbación de la niña y en un descuido de la mamá que había tenido precisión de salir á dar órdenes indispensables á los criados: mas, nada hay completo en este mundo.

Sonó de súbito la campanilla, entró apresuradamente la mamá y en pos de ella una visita.

La visita era un gallardo capitán de infantería á cuya vista

madre é hija no pudieron menos de gritar con súbita alegría: —¡Eduardo!!!

Ricardo se levantó como por máquina, hizo una ligerísima cortesía al recién venido; pero se quedó instintivamente petrificado al observar ó al figurársele que había algo de funesto para su amor en los hilillos de aquellas charreteras y en aquel recibimiento magnífico de cariño. En efecto:

La mamá había llegado á ponerse como un tomate.

La niña, al darle la mano, había bajado pálida los ojos; al levantarlos, brillaba ya en ellos una lágrima y su color era algun tanto sonrosado; su talle había estado en oscilación como si no pudiera sostenerse, y, por último, había caído confusa y trémula en el asiento que antes ocupaba.

Todo aquello, sin embargo, duró un momento. La mamá y la niña se repusieron con prodigiosa facilidad; pero el daño estaba hecho.

Desde aquel instante, Ricardo no pudo dominarse y quedó reducido al tristísimo papel de observador. Habíasele caído súbitamente la venda de los ojos y había visto asombrado lo que nunca se mira.

—«Javiera podia haber tenido un amante ó muchos amantes, antes de amarlo á él, si es que le amaba.»

Tal fué el funestísimo pensamiento que se formuló en su cabeza, y de él partiendo pudo hacer las observaciones siguientes:

Que las miradas de la mamá hacia la niña eran otras tantas órdenes para que se reprimiera: y las que dirigia hacia el capitán otros tantos destellos de esperanza.

Que las miradas de la niña hacia el capitán eran de una infernal delicia, y, hacia la mamá ningunas; porque no queria faltarla al respeto.

Que las miradas del capitán hacia la madre y hacia la hija parecian ser sobradamente inquiridoras respecto de su triste persona. —Por toda contestación á esta pregunta la madre se había encojido de hombros: la respuesta de la niña fué mas explícita; se levantó con un pretesto cualquiera, y al volver á sentarse no lo hizo ya (por el acaso mas estudiado del mundo) allado de Ricardo, como antes lo estaba, sino al de la mamá.

A Ricardo le pasó ni mas ni menos que á todos los celosos: se cegó, confundieronse mil extravagantes y contrarias ideas en su cabeza, y, sin consultar á la razón, porque la había perdido, salió de la casa en el mayor desorden, andando á pasos desiguales, exhalando suspiros hondísimos y creyéndose el mortal mas desgraciado de la tierra.

CAPITULO VI.

LO QUE SIEMPRE SE HACE.

Ricardo subió de tres en tres los escalones de su casa; llamó, entró en ella y se encerró en su cuarto. Lo primero que hizo fué sentarse sin atreverse á moverse ni á mirar á parte alguna: momentos despues se levantó, merced á un poder oculto, y comenzó á recorrer la estancia en todas direcciones: sus ojos se cubrieron de lágrimas, su pecho prorumpió en un quejido histérico y sus labios medio articulaban....

—Ay Dios mio, Dios mio, que desgraciado soy!!!!

El primer pensamiento que tuvo fué la sensación que produciria en su familia y en sus amigos si se suicidaba: asaltaronle á la imaginación mil inquietudes, y comenzó á trazar en ella mil borradores de cartas para unos y para otros.

Preguntaronle si queria cenar, y contestó á la pregunta con una risa de lástima.

Sentóse ante la mesa y escribió:

—«Señorita: Hemos concluido.»

«Señorita, para matar á un hombre de esta suerte, no debe nunca dársele vida en sus sentimientos mas caros.»

«Señorita: A ser V. mas franca conmigo, hubiera V. hecho á un hombre menos desgraciado.»

«Adios, adios para siempre.» Javiera, nunca volverá á presentarse ante su vista,

RICARDO.

Cerró la carta con mano convulsa y dió órdenes para que por la mañana la llevaran. Despues se acostó: la vista de la luz lo asesinaba, necesitaba llorar mucho, pero llorar á oscuras, tendido y bien arropado.

Por la mañana, cuando entraron á despertarlo, dormia profundamente; dijéronle que había allí una jóven á buscarlo y que queria verlo. Abrió pausadamente los ojos y la boca, dejó que le repitiesen dos ó tres veces el recado; por último mandó que entrase, y, mientras lo hacia, procuró atusarse en lo posible las patillas y el bigote, y sacarse á tientas con el dedo la raya del pelo.

«Amor mio (decia la carta que le entregó la doncella de Javiera, que no era otra la que entró): al verte marchar anoche de la manera que lo hicistes, me dió el corazón que me amenazaba una gran desgracia: ven corriendo si no quieres que muera tu

JAVIERA.»

El primer impulso de Ricardo fué preguntarle á la doncella: —Oh! y como está?...

Pero de pronto se acordó que estaba incomodado; se contuvo, frunció lo que pudo el entrecejo y le encargó para su señorita: Que bien, que luego iria.

El corazón le decia que allí había algo.

Ese algo era que Eduardo había producido una completa transformación en la mamá y en la niña.

Pero no anticipemos las cosas, ó por mejor decir, no desperdiciemos sucesos con que podemos llenar un capítulo entero.

(Continuará.)

ANTONIO MARIN GUTIERREZ.

Reflexiones y pensamientos.

Es preciso que haya hechos para resolverse á atacar el honor de un hombre; si las apariencias solas pueden bastar, es cuando se trata de defenderle.

Para hacer fortuna, vale mas ser conocido en el mundo, aunque sea de mala manera, que no serlo nada.

La mayor parte de los pretendientes emplean en solicitar gracias, un tiempo que podian aprovechar mejor en merecerlas.

PARODIAS INFANTILES.



El retrato.



El concierto.

desertar, ó trabajar de nuevo para que le encierren en una casa de correccion y volver al Africa, donde encuentra nuevamente la vida errante y scéntrica que hace del Céfiro el bohemio del ejército.

En 1834, el general Du Vivier, teniente coronel entonces, organizó una jauria de perros para guardar las líneas, y ayudar por la mañana los reconocimientos que se hacían, mientras la tropa disfrutaba del descanso que para cocinar se le daba. Veinte perros guardaban las líneas, y diez iban á los reconocimientos, siendo todos mandados por un Céfiro á que llamaban coronel de perros, y que como se deja entender, duraba poco en su empleo, aunque siempre que moría uno, se presentaban diez á reemplazarle.

Una noche se situó una emboscada árabe en los alrededores de un cementerio. En el reconocimiento ordinario los descubrió una perra llamada Blanquita y los demas se echaron encima. Blanquita saltó al cuello del árabe mas próximo, y aun cuando este la cortó una pata con su yatagan, ella continuó hasta estrangularlo, y luego fué amputada, y se retiró al cuartel de los inválidos, que está en Bougie.

Bougie es para los Céfiros casi un lugar santo, como la Meca, Medina, Djedda y Ada para los musulmanes. En Bougie se ha verificado uno de los mas curiosos hechos destinados á sorprender las edades futuras con las hazañas de los Céfiros. Este fué la venta del cuerpo de guardia mismo en que un Céfiro estaba preso.

El cuerpo de guardia á que nos referimos, era una bonita casa con barrotes de hierro en las ventanas, y una puerta forrada toda de cabezas de clavos, habitacion harto apetecible en una época en que los kabilas hacian frecuentes escursiones hasta las puertas mismas de la ciudad, por cuya razon un colono recién llegado la contemplaba un dia con muestras de satisfaccion y deseos de comprarla.

Ocupado en esto, se abrió una ventana, y se asomó un Céfiro en ella, estableciéndose entre los dos el siguiente diálogo:

—Hé aquí una casa encantadora, militar, dijo el colono.
—No es mala, contestó el Céfiro.
—¿Y de quién es?
—¡Vaya una pregunta! del que la habita.
—¿Es vuestra?
—Mia.
—¿En propiedad, ó en arrendamiento?
—En propiedad.
—¡Caramba, pues sois feliz! Habrá pocos militares tan bien alojados.
—Con una herencia que tuve la he fabricado, aprovechándome de que la mano de obra no es cara en la Argelia.
—¿Cuánto os tiene de costo este pequeño palacio?
—Doce mil francos.
—Pues dadme algun tiempo, y os doy de ganancia dos mil.

—Hombre, pues será posible que nos arreglemos, porque precisamente me ha ocurrido un fracaso que me obliga á venderla.

—Me alegro.
—¿Cómo?
—No, quiero decir que lo siento mucho.
—¿Cuánto puede V. darme al contado?
—Mil francos, y lo que falta...
—¡Oh! lo que falta puede V. darme cuando quiera, le doy el tiempo que guste.
—Cinco años.
—Perfectamente. Lo mismo son cinco que diez, necesito ahora mil francos, y nada mas.
—Entonces contrato hecho; precisamente llevo conmigo los mil francos.
—Vaya V. á esperarme al café.
—Voy.
—Pero antes pásese V. por ahí abajo, al fin de la calle, y envíeme V. al cerrajero que lo es de mi regimiento; porque mis camaradas por entretenerse conmigo, me han cerrado la puerta, y se han llevado la llave.
—Se lo enviaré á V.

Y el colono se fué tranquilamente á esperar á su vendedor despues de haberle avisado al consabido cerrajero. Este llegó y tuvo conocimiento del asunto, se trataba de partir los mil francos entre el soldado, el cerrajero y el centinela.

Al cabo de cinco minutos se abrió la puerta. A la media hora el contrato estaba firmado, el soldado tenia los mil francos, y el nuevo propietario llenaba de muebles su casa.

Poco despues pasó un oficial con una patrulla, y vió la coleccion de muebles que entraba en el cuerpo de guardia, y que la puerta estaba de par en par. Entró por ella observando al colono, y le dijo despues de un rato de estupefaccion:

—¿Qué demonios haceis aquí?
—Pues me parece bien claro, estoy amueblando esto.
—¿Amueblando esto?
—Sí, hombre, mi casa.
—¿Qué casa?
—Esta.
—¿Esta casa es vuestra?
—Mia.
—¿Y cómo es vuestra?
—Como son las cosas de uno, porque le ha comprado.
—¿A quién?
—A su propietario.
—¿Dónde estaba su propietario?
—Aquí dentro.

El oficial miró á sus soldados, los cuales le miraban hacia tiempo, comprendiendo lo que él empezaba á comprender entonces.

—¿Y en donde está el propietario?
—Yo no tengo que ver con eso, respondió con indiferencia el colono, continuando en el arreglo de su casa.

—¿Cómo que no tenéis que ver con eso? ¿Pues no estaba aquí encerrado?
—Sí señor, pero figuraos que sus camaradas se habian entretenido con él, y le habian cerrado la puerta; por lo cual fui á avisar al cerrajero rubio que vive mas arriba, el cual vino y le abrió. Despues en el café firmamos el contrato.

—¿Ante escribano?
—No, ante un escribiente suyo.

El oficial no pudo menos de soltar la carejada, con admiracion del colono que le miraba estupefacto.

—Lo dudais? prorrumpió este. Por vida mia, aquí tenéis la escritura.

El oficial la leyó y la encontró hecha en toda forma con espresion de la entrega de mil francos, y obligacion de pagar trece mil mas.

El colono habia comprado á un Céfiro condenado el lugar de su prision. El negocio fué llevado á los tribunales que no tuvieron valor para condenar al autor de farsa tan divertida. El Céfiro fue cogido y llevado á sus camaradas que le recibieron con arcos triunfales.

El Céfiro sabe todas las ciencias por intuicion; es naturalista, arqueólogo, domesticador de animales, proveedor nato de los sapos, lagartos, serpientes, camaleones, langostas, esteliones y otros animales. El que vá á Africa para hacer coleccion, se dirige á él y queda contento. Cuando la naturaleza empobrece, el Céfiro la suple; cuando la especie falta; él la inventa.

Y á propósito de inventos, al Céfiro se debe el del raton de trompa, sobre lo cual vamos á referir un hecho curioso que es de pública notoriedad en la Argelia. Cuando la comision científica que tenia por objeto estudiar á Bona, se encontraba en esta provincia, estaba tambien de guarnicion en ella el batallon de los Céfiros. Una mañana, el presidente de dicha comision vió llegar á su casa un Céfiro, que llevaba una cajita, dentro de la cual se agitaba un animal pequeño, que era objeto de las mas vivas caricias por parte de su poseedor. Escitóle mucho la curiosidad al sabio la manera afectuosa con que trataba al animal, y aun las palabras que le dirigia el Céfiro.

—¿Qué traéis ahí, amigo mio? le preguntó.
—Oh mi coronel! (porque un coronel era el presidente, y por cierto de bastante talento, que le hemos conocido nosotros) oh mi coronel! es una fiercecita muy chiquita; pero estoy seguro de que no habreis visto ninguna igual.

—Veamos, hombre.
—Vedla.
—Y el Céfiro entregó al presidente la caja que contenia su tesoro.

Vaya, hombre ¡pues si es un raton lo que tú me traes aquí!

—Sí, pero es un raton de trompa ¡si os parece poco!
—¿Cómo un raton de trompa?

—Estudiadlo, examinadlo detenidamente, y con ayuda de un lente si no os basta la simple vista, y luego me direis.

El coronel lo hizo así en efecto, y reconoció un raton de la especie ordinaria; pero que tenia, como habia dicho el Céfiro, una trompa. Trompa adherida á la nariz, colocada como el cuerno de un rinoceronte; trompa dotada de movimiento y casi de inteligencia. Por lo demás, se parecia á todos los ratones, y nada hubiera llamado en él la atencion, si aquella trompa no le diese un valor particular, una estimacion subidísima.

—¡Hum! ¡hum! exclamó el sábio.
—¡Eh! ¡eh! prorrumpió el Céfiro.
—¿Cuánto vale tu raton?

—Mi coronel, vos sabeis bien que mi raton no tiene precio; mas por ser para vos, lo daré en cien francos.

Mil le hubiese dado el coronel por lograr tan precioso tesoro, que examinó de nuevo, y descubrió ser macho.

—¿Será posible encontrar la hembra? preguntó.
—¡Caramba! respondió el Céfiro, no es una cosa tan fácil. Pero en fin, ya que quereis conservar la raza, pagadme los cien francos del macho, y os buscaré la hembra.

—¿Para cuándo?
—Qué sé yo, este es un animal muy fino, muy sutil, y la desaparicion de uno hace poner en espectacion toda la tribu. Antes de quince dias ó de tres semanas no puedo responder de traerlo.

—Te concedo un mes de término.
—¿Y me dareis otros cien francos por la hembra?

—Como te los doy por el macho.
—La tendreis.
—Aquí están los cien francos.
—Gracias, mi coronel.

Y el Céfiro se los metió en el bolsillo, volviendo tres semanas despues con otro raton de trompa perteneciente al sexo femenino.

—Aquí tenéis, mi coronel, vuestro animal, que no me ha costado poco adquirirlo.

El coronel lo examinó, y viendo que nada le faltaba, estuvo casi para volverse loco de alegría. Durante algun tiempo fué objeto de la envidia y admiracion de sus compañeros, Mr. Rovoisier no dormia, Mr. Delamalle se puso enfermo.

A todos los Céfiros que encontraban pedian ratones de trompa; pero estos se encogian de hombros sin entender una palabra.

El primero que apareció fué vendido en doscientos francos. Despues se fué vulgarizando hasta venderse sucesivamente á ciento, á cincuenta, á veinte francos.

Mas tarde llegó á ser conocida la receta de los ratones de trompa, que consistia ni mas ni menos en lo mismo que la de hacer un guiso de conejo, con la única diferencia de que así como para hacer esto último no se necesita mas que un conejo, para hacer un raton de trompa son precisos dos ratones. Lo explicaremos. Se toma la punta de la cola de uno, y se coloca como una especie de escudo, sobre la nariz del otro; se le unta despues un emplasto eficaz para que no se le caiga, y por último se le tiene en prensa durante quince dias, transcurridos los cuales el animal recobra su libertad, quedándole tan adherida á la nariz la punta de la cola, como la cresta de un gallo lo está á su cabeza, y obteniéndose por este medio un raton de trompa.

El único inconveniente que esto tiene, es que cuando se quiere obtener reproduccion, la cria sale sin trompa deduciéndose de aquí que los ratones de trompa no nacen, sino se hacen.

Hemos hablado ya de historia natural, y vamos á hacerle de arqueología.

Un banquero suizo, amante entusiasta de las antigüedades, llegó á Africa y se puso á caza de ruinas romanas. Tenia ya hechas algunas adquisiciones, cuando se le presentó un Céfiro llevándole una piedra que parecia haber servido de lápida á algun sepulcro, y que por su forma é inscripcion daba indicios de remontarse al siglo de Augusto. Hé aquí la inscripcion:

C. ELL.
A. Ri. U. S. P. O.
Lk. A. M.
In.
Ven. . . . T.
A. . . . V.
Y.
T. E.
T. Non. D.
EC.
O. R. A.
Bl.
T.
UR.

El sábio anticuario palideció ocho dias ante aquella inscripcion, que habia comprado por la friolera de ochenta francos, y que mientras mas se calentaba la cabeza, menos podia descifrar. En tal apuro, resolvió consultar el enigma con nuestro inteligente amigo Berbrugger, quien examinó detenidamente la piedra, y meneó la cabeza.

—¿A quién habeis comprado esta antigüedad? preguntó al suizo.

—A un soldado, respondió este.
—A un Céfiro, es verdad?
—Me parece que sí.
—¿Bueno! ¿quereis que os traduzca literalmente lo que esta inscripcion dice?

—Me hareis un gran favor.
—Pues bien, dice: *cellarius polkam inventavit et non decorabitur*, que traducido al pié de la letra, dice: *Cellario inventó la polka y no se le condecorará.*

El banquero suizo tenia imaginacion aunque banquero y suizo, y le gustó mas la inscripcion moderna, que si hubiera sido antigua, por lo cual se la llevó á Zurich, donde ocupa el mejor sitio de su gabinete.

(Monsieur Alejandro Dumas continúa en este artículo refiriendo otras anécdotas que en Argelia se cuentan de los Céfiros, y que suprimimos por no ser tan graciosas ni características como las ya referidas).

Durante la cuaresma de 1839 debía predicar el P. Lacordaire en san Roch un sermón de caridad. La reputacion de elocuencia del célebre dominico habia atraído un inmenso auditorio. Llegó la hora, y todas las miradas se fijaron en el púlpito donde iba á resonar la palabra del grande orador, cuando se vió subir con bastante gravedad por los escalones de la tribuna á Mr. Olivier, cura de la parroquia, presentado despues en el obispado de Evreux. «Hermanos míos, dijo el pastor, contábamos con que podríamos oír al edificante Padre Lacordaire. Acabo de recibir una carta suya, en que me manifiesta la imposibilidad en que se encuentra de corresponder á vuestros deseos, á causa de una indisposicion: trataré de escitar el interés de este auditorio, esponiendo algunas de las grandes verdades de nuestra religion; porque si estoy bien distante de poder igualar al que debiais escuchar, no por eso dejo de pronunciar la palabra de Dios. Confío en que me dispensareis vuestra indulgencia y atencion.»

Al instante se notó un gran movimiento en la concurrencia, porque la mayor parte de los asistentes se levantaron y se disponian á retirarse: resultó un tumulto bastante prolongado, que presenció impávido el cura con los brazos cruzados, y que por último hizo cesar con este apóstrofe. «Hermanos míos, marchaos pronto, porque espero que desalojeis la iglesia para dar principio.» Al oír estas palabras todo el mundo permaneció en su sitio, y el cura improvisó entonces una plática de las mas edificantes y notables, que mereció la aprobacion universal.

En un dia que Luis XVIII recibia al cuerpo diplomático, se encontraba entre los diversos embajadores con sus ricos y variados trajes y semblantes mas y menos impones el encargado de negocios de Suiza, el bailli de Terreteo. Era un hombre pequeño, seco, con las piernas como hilos y pegado á una larguísima espada. El gran chambelan, principe de Taslegran, tenia la vista fija en la distinguida reunion y parecia seriamente preocupado. Un caballero se acercó á él y le dijo:

—¿Pero, monseñor, qué es lo que llama tan poderosamente vuestra atencion? Amigo mio, respondió el principe, procuro averiguar si el bailli de Terreteo tiene tres piernas ó tres espadas.

Los dos Perros.

Un doguito	Con tu enredo?	Se olvidará
Le mostraba	¿Di por Dios?	Cosa es clara.
A su dueño	¿A qué viene?	Sino llamo
Duro ceño,	Fiero amago	Su atencion,
Y ladraba	Y gruñido	Ni los mimos
Con furor;	Convertido	Gozaria,
Hasta tanto	En alhago	Que el ladrado
Que veia,	Dulce en pos?	Me ha valido,
Que atendido	Cuando ladro.	Ni aun sabria
Su chillido	Y asi reto,	Que aqui estoy.
Le decia:	Cual valiente	Causar daño
«Ladrador.»	De repente	No es mi intento;
Iba entonces	Acometo	Si hacer mio
Presuroso	Con ardor.	Lo que ansio,
A lamerle,	Nunca adulo:	Y á mi cuento
Y ofrecerle	Si al extraño	Solo voy.
Cariñoso	Ladro y hiero,	Del doguito,
Su afeccion.	Al que quiero,	Juzgo oyeron,
Otro perro	Sin amaño	Diputados
Que no entiendo	Muestro amor.	Avisados,
La artimaña	¿No me entiendes	Y aprendieron
Tan extraña,	Le contesta	La leccion,
Ni comprende	El doguillo?	Pues usando
Su intencion;	Soy muy pillo:	Su registro,
Dice al dogo:	Es aquesta	Hacen fuego,
¿Saber puedo	La invencion.	Lamen luego,
¿Qué pretendes?	Si callase	Si el ministro
¿A que tiendas	De mí el amo	Dá turrón.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

RECUERDOS DEL RIO DE LA PLATA.—TIPOS Y CARACTERES ARGENTINOS.

El Gaucho-Malo.

El Gaucho-Malo es un tipo de ciertas localidades, un *outlaw*, un misántropo particular. Es el ojo de *aterrion*, el Trampero de Cooper, con toda su ciencia del desierto, con toda su ojeriza de la poblacion blanca, pero sin su moral natural y sin sus relaciones con los salvajes. Apellidase el Gaucho-Malo, sin que este epíteto le sea todo desfavorable. La justicia le persigue hace muchos años; su nombre es temible cuando se le pronuncia en voz baja, pero sin odio y aun con respeto. Es un personaje misterioso, habita en las Pampas, su vivienda se esconde en la espesura de las malezas; se mantiene con perdices y *mulitas*; si alguna vez quiere regalarse el paladar con una lengua, echa el lazo a una vaca, la derriba por sí solo, la mata, coge su pedazo predilecto y abandona el resto a las aves de rapiña. El Gaucho-Malo se presenta repentinamente en una comarca de donde acaba de salir la ronda, conversa pacíficamente con los Gauchos buenos que le rodean y le admiran; pero tiene el ojo vigilante, y si divisa la ronda, monta tranquilamente en su caballo y le dirige hacia el desierto sin apresuramiento, pero sin fanfarronería, pero desdenando volver la cabeza atrás. Rara vez le sigue la ronda; mataria inútilmente sus caballos, porque el que monta el Gaucho-Malo es un *paresero pángaro* no menos célebre que su amo. Si la casualidad le hace caer alguna vez de improviso en manos de la justicia, ataca el grueso de la ronda, y gracias a tres ó cuatro cisuras que ha hecho con su cuchillo en el rostro ó en el cuerpo de los soldados, se abre paso por medio de ellos, y echándose sobre el lomo de su caballo para evitar las balas que le amenazan, dirígese así hacia el desierto, hasta que habiendo puesto un espacio conveniente entre él y los que le persiguen, detiene el paso de su montura y camina tranquilamente. Los poetas de los alrededores añaden esta nueva proeza á la biografía del héroe del desierto, y vuela su fama por la inmensa campiña. Algunas veces se presenta en la puerta de un baile campestre con una jóven que ha robado; mézclase con ella en el baile, egecuta todas las figuras, y desaparece sin que nadie se aperciba de ello. Otro día, se presenta en la casa de la familia ofendida, hace bajar de la grupa de su caballo á la jóven que ha seducido, y despreciando las maldiciones de los padres que le persiguen, se encamina tranquilamente hacia su vivienda ilimitada.

Este divorciado de la sociedad, proscrito por las leyes, este salvaje de blanca tez, no es en el fondo un ser mas depravado que los que habitan las poblaciones. El audaz fugitivo que ataca una ronda entera es inofensivo para los viajeros; el Gaucho-Malo no es un bandido, no entra en sus ideas el atentar á la vida, así como el robo no entra en la *Churriador*; roba, es verdad, pero esta es su profesion, su ciencia; roba caballos. Algunas veces se presenta en el campamento de una tropa del interior, el jefe propone comprarle un caballo de tal color extraordinario, de tal forma, que tenga tales cualidades, con una estrella blanca en el homoplato. El Gaucho reflexiona un momento y contesta: «No hay por ahora ningun caballo de esa clase.» En qué ha pensado el Gaucho? Durante este corto instante ha recorrido con la imaginacion diez mil posesiones de la Pampa; ha visto, ha examinado todos los caballos de la provincia con sus colores y marcas particulares, y se ha convencido de que no hay ni uno solo que tenga una estrella en el homoplato; solamente algunos de ellos tienen una estrella en la frente y otros en la grupa. Si no se le pide un imposible, en el día y parage prefijado el Gaucho entregará un caballo tal cual se le han pedido, aunque se le hubieran pagado de antemano, lo cual no le impide que sea exacta la cita, pues en esto tiene toda la probidad de los jugadores en lo concerniente á deudas.

Viaja algunas veces por la campiña de Córdoba ó de Santa Fé. Entonces se le ve atravesar la Pampa precedido de un pequeño grupo de caballos; si encuentra alguna persona, prosigue su camino sin aproximarse á ella, á no ser que esta se lo diga.

El Agedrez.

Los periódicos de agedrez de Inglaterra, Francia y Alemania se ocupan hace algun tiempo de un congreso universal de jugadores que deberá tener lugar en Lóndres en la época de la gran exposicion de la industria. Los principales círculos de agedrez se aprestan á la lucha con un entusiasmo y decision que parecerian excesivos ó ridiculos si no supiéramos hasta qué punto es capaz de interesar á un verdadero aficionado todo cuanto tiene relacion con este juego, que el inmortal Leibnit no dudó en calificar de ciencia. De todos los ángulos del mundo llegarán á la capital del Reino-Unido los mas aventajados jugadores de las épocas á disputarse la gloria del vencimiento. Casi todas las naciones del globo estarán representadas en aquel extraño congreso por *comités*, cuyos nombramientos se han verificado ya en algunos países y en otros estan efectuándose con todas las formalidades que exige la gravedad del asunto. Solo nuestra España permanece inmóvil en medio de la general agitacion: solo la patria de Ruy Lopez dejará vacante su asiento en los magníficos salones de Hyde-Parck. Y en verdad esto no debe sorprendernos al considerar la poca aficion que hay entre nosotros al age-



Un recuerdo de D. José Valero en Luis XI, dibujado por D. Roman Sanz.

drez, los cortos progresos que en él hemos hecho desde la época de su decadencia; porque preciso es convenir en que si alguna nacion ha habido donde el agedrez haya llegado á ser mas general y sus teorías mas conocidas, ha sido España ciertamente. Pero aquellos tiempos pasaron, y con ellos hasta la memoria de los grandes jugadores que entonces florecieron y de cuyos escritos, la mayor parte perdidos para nosotros, se han utilizado los extranjeros, sin hacernos el honor de citar las respetables autoridades de donde han sacado las doctrinas y principios sobre que han fundado su reputacion europea.

Nuestra voz es demasiado débil y muy poco autorizadas nuestras palabras para que podamos abrigar la esperanza de despertar de su apatía á los aficionados de nuestro país, que aun pueden medir sus armas con los campeones extranjeros. Nos guardaremos por lo tanto de hacer un llamamiento que no dudamos en aventurar seria infructuoso y calificado de necio y ridiculo tal vez.

Antes de terminar este artículo debemos comunicar á nuestros lectores una novedad de que se ha ocupado la prensa francesa y que no dejará de excitar el interés de los aficionados. Hela aqui, copiada del *Journal des Villes et des Campagnes*:

«Un hecho notable acaba de tener lugar en el *Círculo de agedrez* de Paris. En una fiesta que dieron los miembros de dicho círculo á los aficionados, el célebre profesor de agedrez M. Kiescritzky se comprometió, no solo á jugar una partida con los ojos vendados contra el adversario que se presentara ó le fuera designado, sino á dar el mate igualmente *sin ver* en una casilla del tablero señalada de antemano. Semejante esfuerzo de memoria é inteligencia ha sido coronado del mas feliz éxito; á la 74.^a jugada el antagonista de M. Kiescritzky ha visto sucumbir á su *Rey* en la 4.^a casilla del *Rey* blanco en el centro del tablero y entre los multiplicados aplausos de la asamblea.»

Un pensamiento de Milton.

Si alguna vez derramó Dios en el corazon del hombre un amor firme hacia la belleza moral, lo ha hecho en el mio. En cualquiera parte que encuentre á un hombre que desprecia la falsa estimacion del vulgo, que osa aspirar por sus sentimientos, su lenguaje y su conducta á lo mas escelente que la alta sabiduria de los siglos, nos ha enseñado me uno á aquel hombre por una especie de afecto indispensable. No hay poder en el cielo ó en la tierra que pueda impedirle contemple con respeto y ternura á los que han alcanzado la cumbre de la dignidad y de la virtud.

Dios.

Nadie ha visto tu rostro; tu vuelo se eleva sobre las alturas eternas; tienes por heraldo á la magnificencia de la aurora; el día y la noche refieren tu gloria, y esta es la razon de que el hombre dirija sus miradas al cielo. Solo con el corazon te se comprende.

La inmensidad del universo no puede contener-te; ninguna lengua humana puede darte un nombre: existes y has existido; nada hubo antes de tí. Un momento pasado á tus pies es la eternidad; el hombre no es grande sino cuando te ama y glorifica. Vuela hacia tí el espíritu.

Nadie sabe como gobierna, porque tu mano todo lo conduce misteriosamente. ¿Quién ha tomado parte nunca en los consejos de tu sabiduria? Nos guías por una senda tenebrosa y sin embargo te seguimos con entera confianza. ¡Tu camino es la luz!

Torstenson y Gustavo Adolfo.

El Sueco Torstenson, uno de los capitanes mas célebres de Europa, era page de Gustavo Adolfo en 1624. El Rey iba á atacar á una columna de Lituianos en Livonia, y no teniendo á su lado ningun ayudante, por haberlos mandado todos á llevar órdenes á los distintos cuerpos de su ejército, envió á Torstenson que fuera á comunicar un orden á un jefe de division, para aprovechar un movimiento que vió hacer á los enemigos. Torstenson se fué á desempeñar su encargo y regresó al lado del monarca. Sin embargo los enemigos habian variado de direccion y el rey estaba desesperado por haber dado aquella orden. «Dignese V. M. perdonarme, dijo Torstenson; viendo que los enemigos variaban de direccion he dado un orden contrario á la que V. M. me mandó comunicar.» Gustavo Adolfo no contestó ni una palabra; pero por la noche, cuando el page le iba á servir en la mesa, le hizo porta-estandarte en un regimiento de guardias, quince dias despues le dió el mando de una compañía, y poco tiempo despues el de un regimiento.

El Capote de pieles.

Un dia que el Emperador de Rusia Pablo I, estaba rodeado por una corte numerosa, en que se hallaban varios principes Rusos y el conde de Rostoptchine, su ministro favorito, le preguntó á este bruscamente. «¿Decidme, por que no sois príncipe?» Despues de vacilar un momento al oír pregunta tan singular, contestó Rostoptchine con la mas respetuosa sangre fria:—¿Me permitirá V. M. I. que diga la razon verdadera?—Si por cierto.—Es que el primero de mis antecesores que vino de Tartaria á instalarse en Rusia, llegó á este país en invierno.—¿Y qué relacion tiene la estacion con el título que le dieron?—Que cuando un magnate de Tartaria venia por primera vez á la corte, el soberano le decia que eligiese entre un *capote de pieles* y un título de *príncipe*. Mi abuelo llegó en un invierno muy figurado, y pensó acertadamente que mejor le abrigaria el capote que el título. «Pablo I, se rió mucho al oír esta respuesta, y dirigiéndose á los principes que habia en la reunion les dijo:» «Señores, alegraos de que vuestros abuelos no llegarán aqui en invierno.»

El cortesano astuto.

Andresos v Neale, obispo el primero de Winchester, y el segundo de Durham, estaban un dia con el rey Jaime I. —«Milores, les dijo este, ¿no puedo yo tomar el dinero de mis vasallos cuando le necesite, sin todas esas formalidades del Parlamento?» —Neale se apresuró á contestar: —«¡No quiera Dios que carezca V. M. de ese derecho, puesto que por él vivimos!» —Dirigióse en seguida el rey al obispo de Winchester, le preguntó: —«¿Y vos Andresos, que pensais sobre esto?» —«Señor, yo no entiendo los negocios del Parlamento. —Nada de subterfugios, milord, quiero una respuesta. —Pues en ese caso yo creo que V. M. tiene derecho para apoderarse del dinero de mi hermano Neale, puesto que os le ofrece.»

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.

PARODIAS INFANTILES.



Escena de celos.



Escena de servidumbre.

HIGIENE DENTARIA.

DE LOS ACCIDENTES QUE PUEDE OCASIONAR LA SALIDA DE LOS PRIMEROS DIENTES.

(Conclusion.)

Si en la fortaleza de los dientes han considerado su tamaño, tienen razón; pero entonces ¿por qué Mr. Duval, y después MM. Miel y Oudet, emplearon tanto celo en demostrar que, una vez nacidos los dientes de leche, la porción del arco maxilar que los recibe no se hace más grande: lo que se reduce á decir que las quijadas, en la mitad anterior del círculo ó elipse que describe cada una de ellas, permanecen absolutamente en el mismo estado, así en el niño como en el adulto?

Aunque haya de incurrir en el desagrado de unos y de otros, voy á explicar á un mismo tiempo la causa de la renovación de los dientes y el mecanismo por medio del cual se ejecuta. Sabemos que un diente, cualquiera que sea su naturaleza, no crece ya más después de haber salido, por una razón muy sencilla, y es, que estando encerrado en el estuche calcáreo ó vitroso que se llama esmalte, este se abriría si se aumentase en lo más mínimo su tamaño. Pero estos dientes serían insuficientes ciertamente para llenar las quijadas del adulto, las cuales estendiéndose dejarían aquellos separados uno de otro; por eso los sustituyen los nuevos de un volumen superior en su totalidad.

La equivocación que han padecido los dentistas y aun los fisiologistas, procede de que se ocuparon únicamente en medir el arco maxilar al fin de la primera dentición y al principio de la segunda; habiendo hallado entonces este arco igual (lo que no es rigurosamente exacto), han concluido que no había más aumento en el adolescente y aun en el adulto que en el niño. Otro resultado diferente habrían obtenido, si lo hubiesen medido inmediatamente antes y después de cada dentición; habrían visto que tiene lugar el crecimiento en el mismo instante en que aquellos se efectúan. Este crecimiento continúa aun después de la segunda, porque se han visto dientes acaballados que, á no ser que haya otra causa que se oponga, tomaron por sí mismos el lugar que debían ocupar. Luego los dientes se renuevan, porque los primeros no podrían llenar todo el contorno del borde alveolar del adulto, y dejarían entre ellos vacíos que perjudicarían á la masticación y á la pronunciación.

Los dientes temporales se renuevan ordinariamente á la edad de siete á ocho años. Caen primero los dos incisivos medios de abajo que son reemplazados inmediatamente por otros dos nuevos. Después caen los incisivos superiores, á los cuales suceden otros dos que ocupan su lugar.

A estos siguen los incisivos laterales inferiores, y después sus correspondientes de la quijada superior.

Después que han salido estos dos dientes, hay un descanso más ó menos largo. Mas adelante, á los diez, doce y aun trece años, los primeros pequeños molares de cada quijada sustituyen á los primeros pequeños molares de leche, y á poco tiempo las segundas del mismo orden arrojan y reemplazan á cada una de las quijadas á sus análogos temporales.

Ultimamente, ó por mejor decir, entre los pequeños molares, vienen los cuatro caninos á producir la caída y ocupar el lugar de los primitivos del mismo nombre.

Tal es la marcha que sigue ordinariamente la erupción de los veintiocho dientes que tienen los niños en la edad de la pubertad; pero presenta con bastante frecuencia algunas irregularidades, y en cuanto á los resultados que pueda tener para la salud, se deja ver independientemente enteramente de la que ha seguido en el nacimiento de los dientes de leche.

Las irregularidades más frecuentes son: la renovación total de los dientes temporales de un lado de la quijada antes de haber caído los del lado opuesto, y la salida de los segundos grandes molares, antes que los dientes temporales hayan sido reemplazados.

A la edad de veinte y veinticinco años, término medio, es cuando tiene lugar la salida de los cuatro terceros grandes molares, llamados vulgarmente muelas del juicio, con los que se completa el número total de los treinta y dos dientes, que son los que tiene el hombre ordinariamente en la edad viril; no es raro tampoco que estos últimos se retarden, pues se ven algunas personas que no les han salido hasta los cincuenta ó sesenta años, ó aun más tarde; y otras no los han tenido nunca.

Para seguir el orden que he adoptado en la explicación de los diferentes tiempos en que salen los dientes, he creído conveniente poner aquí otra segunda tabla sinóptica, que representa la diferentes épocas en que se reemplazan los dientes, dividiéndola igualmente en tres periodos.

1. ^a época.	De 6 á 7 años	los cuatro primeros grandes molares que serán permanentes.
2. ^a época.	De 8 á 10 años	los incisivos medios.
	De 9 á 10 »	los incisivos laterales.
	De 10 á 11 »	los primeros pequeños molares.
3. ^a época.	De 11 á 13 »	los caninos.
	De 12 á 14 »	los segundos pequeños molares.
	De 13 á 15 »	los segundos grandes molares.
	De 18 á 25 »	los terceros grandes molares ó muelas del juicio.

Terminaremos la materia relativa á los diferentes tiempos en que salen los dientes, advirtiendo que este acto tan admirable y tan singular del organismo puede ofrecer un gran número de irregularidades, no solamente en cuanto al orden en que se efectúa la erupción, sino también en cuanto al número de los dientes. Ha habido muchas personas que no tuvieron más que veintiocho, veinticuatro, veinte y aun muchos menos, como el hijo de un bañero de Dowres de quien habla Lemaire, el que no tuvo nunca más que un canino en cada quijada; por el contrario, se han visto personas con treinta y cuatro, y aun treinta y seis dientes perfectamente alineados.

Yo hubiera podido siguiendo el ejemplo de muchos dentistas, hacer alarde de erudición, citando los numerosos estravíos á que en esta parte está sujeta la naturaleza, confirmando cada uno de ellos con muchos ejemplos; pero guiado más bien por el deseo de ser útil, que por el de excitar la curiosidad, no he querido esponerme á distraer la atención

de aquellas cosas cuyo conocimiento es indispensable á las personas á quienes están confiados los cuidados de la infancia, en este instante á veces tan penoso de la vida.

DE LA FORMA Y CAIDA DE LOS DIENTES.

La forma de los dientes fué para los fisiologistas, principalmente para los que se dedicaron al estudio de las canosas primeras, el objeto de una cuestión en medio de su aparente sencillez, ha excitado la sagacidad de muchos de ellos. Esta cuestión es relativa al género de alimento habitual que exige nuestra naturaleza. Todos ellos, viendo la boca del hombre armada de dientes pertenecientes por sus formas á las diferentes especies de animales, tanto de los que se alimentan de sustancias herbáceas ó de granos, como de los que viven de materias animales, han concluido que era esencialmente omnívoro; pero no están de acuerdo sobre la parte de cada una de estas sustancias nutritivas que debe entrar en la alimentación.

Algunos, por fortuna en muy pequeño número, fundando su opinión no tanto en los caracteres anatómicos de los dientes, como en la energía del poder muscular que hace mover las quijadas, y hallando esta fuerza tan desenvuelta en nosotros como en algunos animales carnívoros, han inferido que nosotros éramos más carnívoros que herbívoros.

Otros al contrario, observando que los dientes caninos no tienen la forma acerada que les sería necesaria para despedazar la carne, y no pudiendo conciliar la inteligencia del hombre con la idea de la destrucción, han afirmado que nosotros éramos más bien herbívoros, citando en prueba de su opinión el ejemplo de algunas sectas filosóficas que han vivido y viven todavía en una completa privación de la carne.

A mi parecer, unos y otros se equivocan por no haber tenido presente para la solución de la cuestión un elemento esencial, esto es, las manos del hombre que le procuran sus alimentos, sin que los dientes se ocupen del cuidado de escojerlos. En efecto, supongamos por un instante al hombre reducido á apropiarse los alimentos por medio de los dientes solamente, ¿el corte perpendicular de la cara, la posición saliente de la nariz y la prominencia de las megillas, le permitirían cortar los vegetales necesarios á su nutrición? No ciertamente; pues del mismo modo con sus pretendidos dientes caninos no podría despedazar la carne, porque son más redondos que puntiagudos en su estremidad, y no sobresalen sensiblemente de los demás.

Concluamos pues, que la forma de los dientes del hombre no es suficiente para decidir si debe escoger sus alimentos más bien entre las sustancias animales que entre las vegetales; su instinto le conduce á alimentarse casi igualmente de las unas que de las otras; su inteligencia le facilita los medios de apropiárselos; tiene en sus manos los instrumentos necesarios para prepararlos y presentarlos á la boca, y sus dientes infinitos medios de división para asimilarlos á su propia naturaleza.

Pero si los dientes del hombre no parecen destinados primitivamente para un género de alimento más bien que para otro, debemos sin embargo confesar, que en ningún animal ha combinado la naturaleza el aparato dentario con más arte y perfección para ejercer su acción sobre los alimentos introducidos en la boca. Desde luego los incisivos afilados por sus bordes, y cruzándose como unas tijeras, los cortan y dividen los caninos más agudos y menos distantes de la fuerza que mueve la quijada inferior, los despedazan, y en este estado pasan al fondo de la boca entre los molares que, por medio de su forma chata y áspera, operan la trituración.

Los alimentos reducidos así á la termidad conveniente, pasan sucesivamente y por efecto de los movimientos combinados de la lengua, de los labios y de todas las partes móviles de la boca, de los molares á los caninos, de estos á los incisivos, alternativamente sujetos á una presión vertical y á un frotamiento horizontal. No correspondiéndose exactamente los dientes de las dos quijadas, los superiores que son generalmente un poco más voluminosos, sobre todo hácia adelante, se cruzan y encajan por afuera con los inferiores, y este trabajo se ejecuta mejor por medio de esta admirable combinación.

Hasta aquí hemos examinado solamente los principales usos de los dientes como instrumentos de la masticación; pero no se limitan á esto sus funciones, pues ejercen una influencia señalada sobre la articulación pura y clara de los sonidos. El único medio de apreciar esta influencia es observar los efectos que produce la pérdida general ó parcial de los dientes, ya sea de la quijada superior ó de la inferior.

Si una persona ha perdido por ejemplo los incisivos centrales de arriba, la columna de aire que penetrando en la faringe se transforma en voz, no halla en la parte anterior de la boca los cuerpos senos que deben modificarla, y no puede ya pronunciar como corresponde las sílabas dentales que adquieren el acento de las labiales, degenerando algunas veces en un verdadero silvido. Si al contrario son los de abajo los que faltan, entonces las consonantes llamadas guturales varían también de sonido haciendo horriblemente difuso el lenguaje.

Estos defectos son todavía más graves cuando la pérdida de los dientes es completa sobre todo en la quijada superior. Entonces el borde alveolar se asienta, el paladar pierde la mayor parte de su concavidad, y el timbre de la voz es sordo y gutural, porque es indudable que la sonoridad de la voz está en razón directa de la extensión y de la profundidad de la bóveda palatina. Si la falta de los dientes es en la quijada inferior, este hueso se adelanta sobre la quijada superior, detiene inmediatamente la columna de aire que sale de la boca, la refleja de abajo á arriba, y altera extraordinariamente la pronunciación.

Si se añade á todo lo dicho que la falta de todos ó algunos de los dientes hace escupir continuamente, tendremos un cuadro completo de los inconvenientes que ocasiona respecto á la pronunciación, sin contar el perjuicio que causa la pérdida continua de saliva á la digestibilidad de los alimentos, y por consiguiente á su asimilación en la economía.

La pérdida de los dientes ejerce también sobre la expresión de la fisonomía una grande influencia cuya importancia podemos determinar rigurosamente, y apreciar en su justo valor. Esta influencia, lo mismo que en la articulación de los sonidos, varía según que la pérdida es parcial ó general, en la quijada superior ó en la inferior.

Si faltan los dientes anteriores de la quijada inferior, el labio que los cubria, perdiendo su punto de apoyo, se hunde inmediatamente sobre el círculo maxilar, sino dentro de él; entonces la barba se inclina hácia adelante. Si los dientes que faltan son los de la quijada superior, el labio de arriba ejecutando la misma depresión que el de abajo se hunde detrás de este, sin que las megillas sigan el mismo movimiento, porque están todavía sostenidas por los dientes molares, por cuya razón la nariz parece más prominente, y la fisonomía presenta el aspecto desagradable de un hombre astuto y burlon.

Es evidente que si los dientes anteriores faltan al mismo tiempo en las dos quijadas, la cara toma una forma cuadrada que hace monótona y triste la fisonomía.

Por el contrario, si consiste la pérdida en los dientes molares, las megillas entonces aparecen aplastadas, flojas y caídas; de manera que cuando se abre la boca, parece que quieren precipitarse dentro, por un movimiento que hace como pastosa la pronunciación.

En cuanto á la caída completa de los dientes de la quijada inferior, tiene por resultado infalible el de obligar á este hueso á echarse hácia adelante, no precisamente por efecto de la depresión de los alveolos, sino por conocimiento real de escuenticidad que tiene por causa principal la alteración de su ángulo que, de agudo que era, se convierte en obtuso como en los niños. De aquí provienen las arrugas que nacen en el punto en que se juntan los labios, y se extienden separándose la una de la otra hasta más allá de los huesos de las megillas, y estas arrugas son más marcadas si faltan los dientes al mismo tiempo en la quijada superior.

No se crea que la quijada superior recobra la forma circular que tenía en los primeros años y por consiguiente su salida hácia adelante por efecto de la edad más avanzada, sino que es el resultado esclusivo de la pérdida de los dientes, y una consecuencia de la prevision de la naturaleza, que, á falta de estos ha querido que las dos quijadas pudiesen juntarse, empleando el medio de colocar en una misma línea las dos piezas.

Muchas veces he tenido ocasión de asegurarme de la exactitud de mi opinión, observando la fisonomía de muchos jóvenes privados desde su corta edad de los dientes de la quijada inferior: parte de la cara presentaba todas las señales de la decrepitud, al paso que la frente, los ojos y toda la parte superior brillaban todavía con el realce y las gracias de la juventud.

La boca fué para algunos pueblos el objeto de un culto menos cruel que ridículo, y guiados por la depravación del gusto inseparable de la ignorancia y de la barbarie, mutilaban horriblemente los labios y los dientes, ultrajando así la naturaleza que intentaban embellecer. Sin embargo, es una verdad constante que todos los pueblos civilizados, todas las naciones en quienes el cultivo de las bellas artes ha producido un conocimiento íntimo de la armonía que debe reinar en las formas humanas, inspirado por consiguiente el sentimiento delicado y esquisito de lo bello, no han variado ni sobre la parte que tiene en la belleza y realce de la fisonomía una boca sana y de formas regulares, ni sobre el género de cuidados de que son susceptibles las diferentes partes que la componen.

JOSÉ LEON.

Cirujano dentista de SS. MM.

Los Céfiros.

FRAGMENTO DE UN VIAJE INÉDITO DE ALEJANDRO DUMAS.

Serian las dos de la tarde cuando llegamos á El-Arouch, y me causó mucha sorpresa el ver llegarse á mí una diputación compuesta como de una docena, entre cabos y soldados, del tercer batallón de Africa.

El rumor de mi llegada se había esparcido, y me venían á rogar asistiese á una representación extraordinaria, en que los artistas eran soldados, cabos y sargentos del tercer batallón de Africa, llamado por otro nombre, de los Céfiros.

Diremos el origen de esta denominación. Una órden ministerial expedida en 1831 organizó los batallones de Africa, formándolos de los presos que se encontraban en las casas de corrección, por faltas que no se opusiesen al decoro militar. Estos batallones que debían estar siempre en los puestos avanzados, recibieron los nombres, el primero de Chakal, el segundo de Céfiro, y el tercero de Pájaro. De estos tres nombres, el único que alcanzó los honores de la popularidad, fué el de Céfiro. Y justo será decir que este cuerpo, funcionando continuamente en las más peligrosas empresas, nunca retrocedió ante ninguna, ni dejó de conquistar una reputación honrosa.

En primer lugar se distinguió en la Makta en 1835, después en el paso de la garganta de Mouzaia, y en seguida en el primer sitio de Constantina, donde atacaron durante la noche las puertas del Puente y del Rio; en el segundo sitio, más tarde, en que cincuenta hombres y el capitán Guiriard fueron devorados por una explosión. En este asedio tomaron parte cien Céfiros, siendo muerto el capitán Cahoreau, y habiéndole valido una condecoración al soldado Adam el penetrar el primero en la calle Mayor.

Estos eran los Céfiros de Mazagren, en donde ciento veinte y cinco se las hubieron con seis mil; hecho que por lo increíble negaron los ingleses, y que le hizo exclamar al capitán Le-Liévre: «Si los ingleses lo dudan, pueden convenirse muy fácilmente, empezando de nuevo.»

En 1836 se dió una órden para que todo Céfiro que hubiese hecho una acción brillante, ó que habiendo permanecido en su compañía un tiempo dado sin castigo alguno, pudiese pasar al ejército de Africa. Pero no se había previsto que el Céfiro habría de hacer de la adoptiva su madre patria. El Africa es para el Céfiro la tierra de promisión; una vez puesto el pié en la Argelia, no sabe abandonarla; de tal modo, que concluido el tiempo de su servicio, se vende para volver al país querido en que ha ganado una reputación, porque la disciplina francesa le fatiga, y echa de menos la guerra, los peligros, las jornadas largas y hasta la lluvia que hiela, y el sol que abrasa. De vuelta á Francia, la monotonía le hace